



ILMO. SR. D. ANTONIO PEÑA Y GOÑI

NACIÓ EN SAN SEBASTIÁN EL 2 DE NOVIEMBRE DE 1846

† EN MADRID EL 13 DE NOVIEMBRE DE 1896.

PEÑA Y GOÑI



—Dónde va usted, *Anñon?*—le pregunté más de una tarde el verano pasado.

—Por ahí arriba, al monte; á hacer provisión de oxígeno en los pulmones para pasar el invierno,—me contestó un día que marchaba por el camino de Igueldo rodeado de sus hijas y de sus sobrinos, gente menuda con quien pasaba ratos deliciosos.

No bastó aquella provisión de oxígeno con tan natural egoismo hecha. Sus pulmones que aquí respiraban con holgura, alentaron con trabajo en Madrid, contragéronse faltos del ambiente yodado de nuestro Cantábrico y provocaron la muerte en el enfermo. ¡Cuántas veces en su agonía, al sentir congojas y asfixias pensaría en estas montañas y las vería en su mente retratadas con su eterno verdor y su poesía infinita!

Peña y Goñi las amaba con pasión, como las ama el basco; como ama al mar el pescador de nuestras costas; como se ama al sagrado hogar de la familia. Venir á su tierra era para él emprender un viaje de bodas. Cada temporada en San Sebastián era una luna de miel durante la cual ninguna dicha había comparable á la suya. Su regresar á la corte, dando el adios á estos valles incomparables, era lo que para el pájaro entrar en la jaula.

Jaula dorada, pero al fin jaula era Madrid para el hombre que tan bien supo reflejar su propia nostalgia en aquella inspiradísima página musical que la tituló *Nostalgia del Basco*.

La «difícil facilidad» que para describir tenía su privilegiada pluma, la tuvo para trazar con notas musicales un cuadro guipuzcoano lleno de luz y poesía. Así como en aquella *Noche-buena* que dedicó al Director de esta Revista se oye el ruido de las sonajas de las pande-

ras, y *se ve* la sencilla pero poética escena del *aguilando*, en la *Nostalgia del Basco* se adivina y hasta se siente la fiebre del hijo de esta tierra que la adora y cuyo recuerdo bendito no puede arrancar de su alma.

Peña y Goñi tenía verdadera personalidad literaria; fisonomía propia; estilo suyo, muy suyo, inimitable; pero este sello especial de su manera de escribir, que le ha valido plaza en primera línea entre los escritores españoles, parecía adquirir más relieve, mayor brillantez cuando hablaba de su pueblo y de su provincia.

En su variadísima labor literaria hay crítica, hay arte, hay sátira finísima y punzante, hay hasta amarga filosofía; pero para encontrar alardes deslumbradores de imaginación, para ver torrentes cristalinos de dulce poesía y de mágica pintura, hay que leer sus libros y sus artículos bascongados.

Discutiendo, criticando ó disertando podría ser de inflexible acero; hablando de Guipúzcoa era un poeta, tierno á veces, (cuando describía las costumbres idílicas de sus montañas), viril otras (cuando hablaba del Cantábrico y sus bravezas), pero poeta siempre.

El discurso leído en Villarreal de Urrechú al descubrirse la estatua de Iparraguirre es un monumento. Palpita un alma de temple entre aquellas líneas inspiradas por el amor á Euskaria y por el corazón dictadas. Su lectura en el memorable día 28 de Septiembre de 1890 produjo epiléptico entusiasmo. Le oíamos como hipnotizados por aquel acento varonil que daba yo no sé que mágica entonación á aquellas frases, tan hermosas y tan sentidas como las de los cantos del bardo inmortal. Me consta, porque se lo he oído muchas veces, que era uno de sus trabajos más preciados, al que más cariño profesaba, al que recordaba con más ilusión. ¿Por qué? ¿Acaso no había escrito prosa tan brillante ó trabajo que más gloria le reportase? No. Era que en aquel discurso había puesto una parte de su alma por ser trabajo consagrado á ensalzar las glorias de su tierra, y el escritor pone su cariño en aquella producción que mejor ha condensado sus sentimientos, como el padre pone su preferencia en aquel hijo que mejor retrata su carácter, sus gustos y sus inclinaciones. Aquel discurso tenía, además, el mérito de ensalzar algo que simbolizaba, que sintetizaba sus íntimos sentimientos de bascongado y de haberle leído en un rincón de Guipúzcoa, entre montañas aterciopeladas cuyos pliegues guardan los ecos de las rasgadas notas de la guitarra de Iparraguirre y cuyas cres-

tas se ven coronadas de blancas casitas, testigos un tiempo de las correrías del gran bohemio guipuzcoano.

En otros muchos artículos, como aquellos que tituló *Pesadilla de una noche de verano*, en el que retrató con tan vivos y reales colores la noche tristemente memorable del 28 de Agosto del 93; *Luis Carril*, *Los emigrantes* y tantos otros, revelábase su exaltación idolátrica por su tierra natal.

Recientemente decía de él un periódico muy popular, en son de censura, que Peña y Goñi escribía siempre en autobiografía. No. Lo que le sucedía era que no podía sustraerse á la influencia que en él ejercía el «amor de la tierra», y como jamás fué erudito pretencioso que recurriese á Roma ó á Atenas para buscar citas y frases de efecto, valiase de ese diccionario popular que en estas provincias como en pocas está en labios del pueblo, y muchas veces redondeaba un párrafo con una frase de Urchalle, por ejemplo, tan bien como pudiera hacerlo con una sentencia de Cicerón.

Uno de los asuntos que con más brillantez trató siempre en sus escritos fué el mar. El prólogo que escribió para el libro de Villamil cuando este marino ilustre dió la vuelta al mundo en el *Nautilus*, es un prodigio de descripción.

Juntos vimos aquella mañana hermosa del día del Carmen el año 94 la entrada de la airosa corbeta en la Concha; juntos pisamos la cubierta y escuchamos de labios de sus esforzados tripulantes el relato de su atrevido viaje. De aquella visita de una hora sacó Peña material para escribir dos artículos, uno en *Blanco y Negro* y otro en *La Lidia*, primorosas filigranas literarias, y un prólogo cuya lectura embelosa.

Pero el mar de todas las que pudiéramos llamar sus «marinas á pluma» es este mar Cantábrico que casi á diario, mientras permanecía en San Sebastián, iba á contemplar extasiado desde Cay-arriba, desde el Castillo ó desde Igueldo.

Impulsado por su amor bascongado que yo no me cansaré de ponderar—porque si todos los escritores españoles sintiesen igual amor á lo suyo, la descentralización, mi bello ideal, se impondría hasta en literatura—puso á contribución su ingenio finísimo para idealizar figuras que por lo toscas se caen de todo marco artístico. Me refiero á los pelotaris.

Y, sin embargo, su talento excepcional, su inagotable gracia y su

cariño á las cosas «de la tierra», ¡siempre ese cariño admirable!, hizo interesantísimas en la crónica y en el libro, aun para los que en su vida han visto un frontón, las figuras de un Portal y un Gamborena, de un Pedrós y un Bilbao, apreciables sujetos, maestros si se quiere del pelotarismo, pero cuyas personalidades nunca hubieran alcanzado más que aplausos en las canchas y una cuenta corriente en los libros de las empresas y de las casas de banca.

Otro es el mérito, á mi juicio, de la labor de Peña y Goñi al escribir sus libros sobre el juego de pelota, y es que al historiarle, al referir en letras de molde y en deliciosa prosa el hasta aquí apenas conocido pasado del noble sport euskaro, con sus interesantísimas anécdotas, con sus incidentes cómicos y dramáticos palpitantes de interés popular, ha puesto de relieve, tal vez sin propósito, acaso sin imaginarlo, las costumbres patriarcales de este país llenas de plácida majestad y de envidiable poesía.

Esa obsesión por lo suyo, esa irresistible inclinación á incrustar con oro en medio de lo de los demás lo que á su país se refiere, admírase también en su trabajo magro *La ópera española y la música dramática en España en el siglo XIX*; porque cuantos hayan hojeado esta importantísima obra, que quizá el arte no le ha recompensado como debía, habrán visto que los aires bascongados son el diapasón que muchas veces hace vibrar para hallar en su sonido analogías ¡qué analogías! orígenes de muchas de las riquezas de la música española.

Para hacer justicia, toda la justicia que Peña y Goñi merece en Guipúzcoa, es necesario otro Peña y Goñi, espíritu observador como el suyo, que escudriñe y estudie toda su labor literaria y toda su obra musical.

Él nos convencerá plenamente entonces de que así como el preclaro hijo de San Sebastián ha querido que aquí descansen sus despojos para poder besar hasta después de muerto la tierra que tanto amó, nos dió en vida su alma y los más lúcidos destellos de su prodigiosa inteligencia.

ANGEL MARÍA CASTELL.

* * *